



German, donde los aldeanos lo aclamaban como defensor de la Santa Sede; en los mercados, cuyas vendedoras le presentaban en el Eliseo magníficos canastillos de flores y frutos, y el entusiasmo producido por sus brindis tan significativos del hotel de Ville, han facilitado mucho la alianza entre Austria y Francia.

Aunque acérrimo enemigo del poder temporal, el Diario de los debates reconoce que los dos Emperadores están completamente de acuerdo en sostener al Padre Santo y combatir la demagogia italiana. Resueltas las cuestiones interiores del Austria, y fortalecido el Imperio por su política sinceramente liberal y su reconciliación con la Hungría, el Gobierno del barón de Beust, de acuerdo con Francia, va á sostener la independencia de los Estados de la Alemania meridional, oponiéndose á las tentativas reiteradas de absorción por parte de Prusia.

Parce que ha sonado la hora de oponerse resueltamente allí á las ambiciones crecientes de la Rusia, á quien se atribuyen las últimas complicaciones de Italia, dirigidas á dividir la Francia y la Inglaterra. El barón de Beust marcha á Londres para hacer ver que el Austria ha renunciado por completo á toda dominación en Italia, que desea reformas en los Estados Pontificios compatibles con la existencia del Pontificado, y que las dos grandes potencias occidentales pueden contar con su apoyo para sostener la Turquía, la Holanda y la Dinamarca, y hacer algo en favor de la infeliz Polonia. Sin querer precipitar una guerra con la Rusia, y menos con la Prusia, pues el Austria necesita tiempo para recobrar de sus heridas, está dispuesta á sostener con firmeza su influencia legítima en Alemania y en Oriente. Siendo comunes hoy los intereses de los dos imperios, su alianza es natural y legítima.

El periódico revolucionario la Italia, en su número del 28 próximo pasado, da cuenta de un motín ocurrido en Florencia el mismo día, y que explica la resolución adoptada por el ministerio Menabrea de que el ejército pasara la frontera pontificia, ocupando varias poblaciones de los Estados del Papa.

Hé aquí la relación de la Italia: «Hacia las once se reunieron en la plaza de la Signora muchas personas, las cuales desfilaron por la plaza del Dome y por la calle de Calzopoli. Después volvieron á la plaza de la Signora, gritando: ¡Viva Garibaldi! ¡Queremos la ciudad de Roma! ¡Abajo la intervención francesa!»

A las doce vióse aparecer una bandera en el Palacio vincto, anunciándose en seguida que dos diputados, Sauctis y Ferrari, iban al palacio Pitti para hacer conocer al Rey las intenciones del Gobierno. Se resolvió esperar la vuelta de los diputados, y se esperó durante una hora en la mas completa calma; solo de tiempo en tiempo se oía gritar: ¡Roma y Garibaldi!

La condesa Chiggi se presentó al pueblo, y leyó el mensaje enviado al Rey por la diputación de los habitantes de Milan. La condesa pronunció, concluida la lectura, algunas expresiones que inflamaron á la muchedumbre. A la una y cuarenta minutos llegó la respuesta Real, que puede reducirse á lo siguiente:

«Si Francia interviene, Italia interviendrá tambien, y las tropas pasarán la frontera. El Gobierno invitará á Garibaldi á reunirse con sus voluntarios á las tropas regulares, á fin de maniobrar de comun acuerdo. El Gobierno hará conocer esta noche lo que ha resuelto respecto al ministerio Menabrea. Las dos primeras proposiciones fueron acogidas con gritos frenéticos de ¡Abajo la intervención francesa! ¡Viva Garibaldi! ¡Viva el ejército italiano!»

«Pero la tercera proposición no obtuvo el mismo éxito, y se oyó decir por varios lados: ¡No queremos un ministerio reaccionario; queremos á Crispi! Se pidió que la diputación volviese á avistarse con el Rey, para protestar contra el nuevo Gabinete. Un sujeto salió de entre la turba, y subiéndose donde pudo ser oído, habló contra el ministerio Menabrea. Dijo que no tenia representación de nadie, y que por eso no se unía á la diputación; pero que pedía en nombre del pueblo una respuesta decisiva.»

«Estas palabras entusiasmaron á las turbas, y fueron acogidas con frenéticos aplausos. Se rogó al orador que se juntase á los diputados, y accediendo á la invitación, aseguró que protestaría con todas sus fuerzas contra un ministerio reaccionario. A las dos la diputación marchó de nuevo hacia el Palacio real. Las turbas aun quedaron algun rato en la plaza, pero poco á poco se fueron dispersando. Desde el principio de la manifestación, un destacamento de tropas ocupaba las avenidas de la plaza al ministerio del Interior y las calles que rodean el palacio Pitti.»

Dice La España hablando de la cuestion de Roma: «Debiera hallarse resuelta hace quince días, y todavía no se ha resuelto, antes bien cada hora que pasa aumenta la gravedad y se multiplican las complicaciones, por donde quiera que el asunto se examine ó considere. Los franceses no habían entrado en Roma hasta ayer juéves, al anocheecer de cuyo día eran esperados los primeros batallones; en aquella capital reinaba la tranquilidad, á pesar de los esfuerzos de los agentes revolucionarios, que constantemente y por todas partes se ocupan en disparar bombas Ursini y petardos para alarmar á la población. Del paradero de Garibaldi nada se sabía anteayer, aunque es de presumir que anduviese por las cercanías, ó que se hubiese introducido furtivamente en la ciudad para promover algun alboroto, á favor del cual pudiesen intentar un ataque sus gentes desde afuera. Sin embargo, no habiéndolo conseguido hasta la entrada de los franceses, ya no es posible intentarlo, ni de suponer que aquel guerrillero permanezca en los puntos inmediatos á la capital.»

«Entretanto en Francia parece que aumenta la ansiedad y aun la agitación, no en el sentido en que hubo alguna indicación en uno de los últimos días, sino en otro diametralmente opuesto: en el sentido de una acción vigorosa contra la revolución italiana y en favor del pontificado. Este movimiento hasta cierto punto tumultuoso de la opinión es debido no sólo á la inquietud de los católicos por la suerte de Roma, sino tambien á ofensas que indudablemente ha recibido la Francia en estos últimos días y por las cuales se ha resentido profundamente el amor propio nacional. Nada diremos del efecto que debe racionalmente suponerse que habrá causado en toda Francia el hecho de haber entrado en territorio pontificio las tropas italianas y esto en virtud de orden del Gobierno de Florencia, y después de una declaración oficial que es el reto más audaz que se ha podido dirigir al Emperador de los franceses.»

«Es bien sabido que el día 30 apareció en la Gaceta oficial una manifestación por demás sucinta y tan significativa como se pudiera desear: decías: en ella, que habiendo anunciado el Monitor frances que la bandera francesa ondeaba ya en Civita-Vecchia, el Gobierno del Rey, manteniendo sus anteriores declaraciones, había dado orden de que las tropas entrasen en territorio pontificio. Esas declaraciones eran, entre otras, las de que el Rey se hallaba identificado con la causa de Italia; es decir, con la de la revolución, y que tan pronto como un soldado francés pisase el territorio italiano, las tropas regulares entrarían en los Estados del Papa. Así se ha cumplido, y la impresión que habrá causado, no solo en el pueblo francés, sino en las altas regiones oficiales del Imperio puede comprenderse solo con saber que la Patrie, órgano semi-oficial de las Tullerías, é que se inspira constantemente en la atmósfera del Gobierno, dice que el hecho consumado por el Gobierno de Florencia, es una declaración de guerra á la Francia.»

«La situación se va despejando aun para los que más turba y nebulosa la encontraban: se hablaba de temporizaciones, de lo que vulgarmente y en tono humorístico se llama pastel; mas ya se principia á comprender que es de todo punto imposible y que se ha hecho absolutamente necesario ir al corazon y acabar pronto. Los preliminares por una y otra parte no eran muy favorables para representar solo una comedia: el Gobierno de Florencia llamaba á las armas las reservas del ejército, y por cierto que no se halla para grandes gastos ni eran necesarios tales preparativos para luchar con algunos miles de garibaldinos: por su parte, los franceses hacían aprestos inusitados como para una gran campaña y sus periódicos tenían buen cuidado de anunciar que á todos los regimientos que habrían de componer el ejército expedicionario, se los había provisto y continuaba procediendo de fusiles Chassort; era, pues, evidente que ni los italianos ni los franceses se hallaban animados del mejor espíritu y que esperaban todo menos una solución pacífica.»

«Repetimos lo que decíamos en uno de nuestros últimos números: se ha llegado al principio del fin: la cuestión romana va á decidirse por mucho tiempo y con ella se resolverá la cuestión italiana: la guerra se viene encima y aun pudiera decirse que está ya iniciada: el éxito no es dudoso y áites que nadie le han conocido los mismos italianos: ellos han dicho que entre ser arrollados por la revolución y serlo por la Francia, optan por lo último, y para ello les asisten muy buenas razones. Italia será arrollada, si comete la insignia imprudencia de oponerse á viva fuerza á la Francia, y desde luego puede darse por cierto que se opondrá, y en lo que en ella ha consistido se ha opositado y opondrá en la actualidad, pensar en un auxilio inmediato y directo de la Prusia es una irrección, cuando no una locura, por muchos motivos: lo que venga después Dios lo dispondrá y pronto habrá de verse. Entre tanto la solución de la cuestión italiana, será el principio de solución de otras que hoy tienen atormentada á la Europa.»

«Las noticias de Roma, dice La Epoca del sábado, recibidas ayer en Madrid, no sabemos por qué conducto, pero autorizado, no pasaban del 29. La ciudad no había sido atacada, aunque Garibaldi se hallaba á corta distancia. La guarnición se había reunido con la proximidad de las fuerzas francesas, y no quedaba duda sobre la posibilidad de evitar un golpe de mano. Los rumores que han circulado tambien respecto de intimaciones hechas á la Villa de Madrid, que se halla ya en las aguas de Civita-Vecchia, han sido desmentidos oficialmente.»

«Se sabe al fin positivamente que las primeras tropas francesas que desembarcaron en Civita-Vecchia, llegaron sin obstáculo á Roma, entrando en la ciudad el día 31 del pasado. Esta noticia que se recibió por telegrafo ayer domingo á la mañana, nos tranquiliza por completo respecto á la seguridad de nuestro Santísimo Padre; pero, como pensarán nuestros lectores, deja todavía en pié la llamada cuestión romana.»

«En la confusión de noticias extranjeras acerca de la gran cuestion de Roma, pocas palabras bastan para enterar á nuestros lectores de lo positivo. 1.º No cabe duda de que las tropas de Victor Manuel se han apoderado de varias ciudades del territorio pontificio. 2.º Es cierto que en ellas han procedido como en pais conquistado, cambiando ayuntamientos y autoridades, y suscitando plebiscitos para anexionarse el territorio ó población que ocupan. 3.º Es cierto que las tropas francesas han entrado en Roma, á la cual parece que Garibaldi no llegó á atacar. 4.º Todo el interés de las noticias está hoy en averiguar si Francia considera como un caso de guerra la entrada de las tropas florentinas y sus actos de dominio en el territorio pontificio. 5.º Han corrido voces de esta declaración de guerra; pero no sabemos que á estas horas se hayan confirmado. Y por último; Francia ha procedido en este asunto de tal manera, que nos parece difícil que se decida á disparar el primer tiro contra el ejército de Florencia.»

«Será posible que haya amenazas, que las cosas lleguen casi al rompimiento; pero nos inclinamos á creer que la guerra no se verificará.»

**EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.**  
MADRID, 4 DE NOVIEMBRE DE 1867.

**RUSIA É ITALIA JUZGADOS POR SU SANTIDAD.**  
No hace muchos días que aprovechándonos de unas declaraciones hechas por la Gaceta de Moscow, pusimos de manifiesto las estrechas relaciones, las profundas simpatías que unen al despotismo cismático con la revolución italiana: simpatías nacidas no solamente de la naturaleza de las cosas, sino de la identidad de intereses, como claramente confesaba la Gaceta de Moscow. Si entónces expusimos aquellas ideas con íntima convicción de que decíamos la verdad, hoy esta convicción tiene doble fuerza, desde la Enciclica de Su Santidad que han visto nuestros lectores en las columnas de EL PENSAMIENTO.

«Recuérdese que entre otras cosas decíamos que las olas del desbordado mar, profetizado por Pedro el Grande, no encontrarían más dique que el Pontificado; pero que este dique bastaría sin duda alguna para salvar á la Europa latino germánica de una segunda invasion, más terrible acaso que la que destruyó el Imperio romano. La conducta de nuestro amado Pontífice es una prueba tan consoladora como evidente de que no en balde abrigamos aquella esperanza. No pierde ocasion ninguna de herir con el sagrado báculo la cabeza del funestísimo cisma que tiene á la Iglesia católica en Rusia rodeada de innumerables peligros y de arteras asechanzas, siendo al mismo tiempo objeto de las más crueles persecuciones. ¿Quién puede imaginarse lo que sería de los católicos rusos si las palabras de Pio IX no fueran de vez en cuando á darles un consuelo incomparable y un valor á prueba de tormentos y seducciones? Y, seguramente, solo las palabras de Pio IX, que en fuerza de dulzura y caridad tienen el privilegio de dar ánimo y resistencia á los más apocados, pueden infundir el extraordinario valor que necesitan los polacos para sufrir con resignación el peso de la mano de hierro que los oprime, y el valor no ménos extraordinario y raro de resistir á las seducciones del oro y del poder, que se emplean comunmente con los católicos fronterizos de Austria y Turquía. Este valor admirable hace vivir todavía en

Rusia el espíritu católico, comprimido, es verdad, por el cetro del autócrata, pero bastante fuerte aun para batallar duramente contra el cisma, de tal modo, que parece que esta lucha es el asunto que mas embarga la atención del Gobierno del Czar, el asunto en torno del cual gira toda la política rusa. Pero en qué circunstancias dirige Pio IX su voz consoladora y paternal á los que viven, si aquello es vivir, bajo el yugo del Gobierno cismático? Cabalmente en las circunstancias mas criticas para el Pontificado: cuando, al parecer, nadie mejor que nuestro Santísimo Padre necesitaba consuelo y ánimo. Yes El, sin embargo, quien sintiendo dentro de su corazon exultante, digámoslo así, de tranquilidad, de valor y sobre todo, de amor, derrama sobre el ánimo de sus mas desdichados fieles el tesoro de los sentimientos que El posee, por gracia de Dios. Yes él quien no contento con protestar enérgicamente contra los latrocinios de Garibaldi y la criminal complicidad del Gobierno piomontés, no contento con decir una vez más su palabra de reprobación en el asunto de Italia, que hoy trae á mal traer todo el resto de Europa, fija su vista mas allá, en un punto á donde no llegan en estos instantes los pensamientos y cuidados de la diplomacia, en Rusia, en ese poder colosal que se aprovecha siempre de las discordias del Occidente para alargar una garra en el inmenso espacio de tierra que le rodea. Roma, el poder más débil, segun los hombres, contra Rusia, el poder más fuerte; Roma, cercada de enemigos, de lobos rapaces que ahullan por entrar y devorar al pastor de la santa grey, contra Rusia, más poderosa y más temida que nunca.—Confíes los espíritus fuertes que ó en esto hay algo superior á lo humano, ó la conducta del Sumo Pontífice es la más absurda que entre Soberanos se ha visto. Supongamos al jefe de la Iglesia anglicana, ó al mismo Czar, jefe de la Iglesia cismática, en la situación en que hoy se encuentra el jefe de la Iglesia Universal, esto es, poseyendo únicamente la capital de sus Estados, reducido al último extremo, combatido por armas superiores en número y estando pendiente de una traición, de una intriga, de un engaño miserable. ¿Pensarían aquellos Soberanos en lo que sufrían sus súbditos espirituales á miles de leguas de distancia? Y puesto caso, que es poner mucho, que pensarán en ello y publicarán una protesta contra las tropelías de un Gobierno poderoso, ¿no respondería Europa, el mundo entero, con una carcajada de burla y menosprecio? Sin duda ninguna. Ahora bien, ¿en qué consiste que Europa, lejos de contestar con una carcajada á las Enciclicas de Pio IX, se irrita, se somete, ó se aturde? ¿En qué consiste que el mundo católico responde con sus oraciones, con sus ímóstas y con sus soldados, y el mundo no católico responde con gritos de rabia y de destrucción? Para nosotros la respuesta es sencilla. La palabra de verdad tiene la virtud de animar y fortalecer á los buenos, y de enfurecer á los malos. Para los que no piensan como nosotros, la respuesta debe ser bastante difícil. Sospechamos que su respuesta será tambien un grito de rabia. V. G.

«La entrada de las tropas italianas en el territorio Pontificio, ha producido en la nacion vecina una sensación indecible, á juzgar por las manifestaciones de los periódicos oficiales de Paris. Y á la verdad, si no es comedia lo que está pasando en la cuestión romana; si la corte de las Tullerías protege con sinceridad los derechos del Sumo Pontífice; si el Gobierno de la nacion vecina tiene formada la resolución de hacer cumplir el tratado franco-italiano, el nuevo ministerio florentino ha debido herir con su conducta la fibra más delicada del Imperio francés. ¿Por qué? Es necesario tener en cuenta, segun declaran los mismos periódicos imperialistas, que el ejército florentino no se propone

coadyuvar al de Francia; que en los pueblos romanos que ha ocupado ha levantado la bandera de Italia, ha establecido autoridades italianas, ha proclamado por Rey al Rey Victor Manuel; que recorre, en fin, el Patrimonio de San Pedro á guisa de conquistador y no como un auxiliar que lo quiere proteger contra los infernales ímpetus de los garibaldines. Ahora bien, ¿cómo no ha de lastimar viva, profundamente á la nacion vecina la conducta del Gobierno Menabrea, la cual es al mismo tiempo expresión de la más negra ingratitud, del engaño más cruel, de la burla más sangrienta y de la provocación más insultante? Italia debe lo que es y lo que vale al vecino imperio. Sin él la casa de Saboya no hubiera extendido los límites de su dominación. La política maquiavélica de Cavour y las ambiciones del Piamonte, lo mismo que los arrebatos de la demagogia, todo se hubiera estrellado, todo hubiera perecido sin el apoyo de Francia; y tal vez las ruinas hubieran ahogado en sus escombros al mismísimo Piamonte. Pero Francia queria tener un aliado poderoso allende los Alpes; Napoleon deseaba para el porvenir, para la ejecución de los planes que meditaba, para la realización de la política que se proponía seguir, para el éxito de las empresas que pensaba acometer, y sobre todo para la conservación de su prestigio en Europa el concurso de los pueblos subalpinos, y el Piamonte se extendió, y se hizo la unidad italiana dejando á nuestro Santísimo Padre el desmembrado territorio que hoy se le quiere arrebatar. Después de largas historias que no quisiéramos recordar se hizo el tratado de 15 de Setiembre, y Francia aseguró á Italia la posesión de sus conquistas, de sus sacrilegas usurpaciones, segun lenguaje de Su Santidad; más tarde le colmó de beneficios; Italia en cambio pagó á Francia todos sus favores permitiendo conculcar el convenio franco-italiano, y, lo que es más, protegiendo arteramente la infracción de ese tratado; y cuando Francia, si hemos de creer á las manifestaciones del Gobierno frances, se disponía á restablecer la autoridad de su firma, cuando al efecto habia mandado sus tropas á Civita-Vecchia, no sin obtener antes del Gobierno florentino declaraciones de su conformidad con las miras del francés, que arrastraron á este á manifestar á Europa, á decir al mundo que la demagogia garibaldina respetaria el principio de autoridad y cumpliría las estipulaciones internacionales; el ejército italiano traspone la frontera pontificia en ademán hostil, llama á su seno á los bandidos que asuelan las provincias de Roma, y anuncia al mundo que el tratado de Setiembre ha concluido, y que por tanto, no se contenta ya sino con hacer de Roma la capital de Italia. ¿Puede darse ingratitud más horrible que la ingratitud del flamante reino? Ni el viborezno que mata á quien lo calienta en su seno es comparable con Italia; con esa Italia á quien, á pesar de su proceder ha demostrado estos últimos dias Francia, es decir la Francia que la France llamaba en uno de sus recientes artículos liberal y conservadora, tanto cariño, á quien ha prodigado tantas caricias y á quien tantas protestas de profunda amistad y de vehementes simpatías ha hecho. ¿Estrañárase pues, si el juego va limpio, que la conducta del Gobierno Menabrea haya causado en el ánimo del frances la honda sensación que nos describen los diarios imperialistas? ¿No es ley del corazon humano que los ultrages abran en él una brecha mayor cuanto mas queridas sean las personas que nos los infieren? Aunque se dice con verdad que la política no tiene entrañas, ¿no rige esa misma ley respecto de las naciones y de los Gobiernos? Y, ¿qué Gobierno europeo puede ofender tanto, como ha ofendido el Gobierno italiano al frances? Ninguno; porque no hay Gobierno en Europa que haya recibido de otro el patronato que al italiano ha dispensado el frances. Ninguno; por que no hay Gobierno que estando en Europa

— 250 —

grande como te tenemos, y mas siendo tan principal caballero, que nosotros ganamos en que tú me quieras por esposa, yo quiero, si tú me quieres; tuya soy, pues me librate de poder de los cristianos, que es cierto que había de ser su cautiva. Pues tanto mas me ha valido el trueque, dichosa suerte ha sido la mia, aunque he perdido dos hermanos, en haber venido por aquí, resultándose tanto bien de querer ser tú mi esposo; y en señal de que será tuya, para que estés confiado en mi palabra, toma esta sortija del dedo del corazon, y ponla en el tuyo, pues el mio tienes en él. Y diciendo esto sacó una sortija de oro, con una esmeralda transparente y fina, y se la dió á Reduán, el cual la tomó con mucha alegría, y besándola mil veces la puso en su dedo, quedando el mas contento y favorecido amante del mundo. Quisiera el enamorado moro dar respuesta á su querida mora; pero no hubo lugar, porque llegaron sus dos hermanos, bafiados los rostros en lágrimas por el dolor de sus dos caros hermanos, á quien venían de enterrar, y traian sus caballos del diestro. La hermosísima Haja no pudo dejar de llorar los ya difuntos hermanos. Reduán los consolaba lo que podia, diciéndoles palabras muy eficaces para ellos; y con estas y otras pláticas entraron en Granada. Era ya de noche, y dijeron los hermanos á

— 255 —

otros tres somos nietos de Almadán, alcalde que fué de Ronda, y ahora lo es nuestro padre; y como tuvimos noticias de las fiestas que en esta ciudad se hacían, por celebrar los casamientos que tu majestad ha hecho en ella, acordamos de venir á verlas. La fortuna no quiso que las gozásemos, y fué la causa que el día de las fiestas, en un lugar de grandes espesuras, que se dice el Soto de Roma, de improviso nos asaltaron cuatro caballeros cristianos muy valerosos, y tanto, que aunque nosotros nos defendimos por amparar esta doncella, que es hermana nuestra, pudieron tanto, que de cuatro hermanos que éramos, nos mataron los dos, y nosotros con temor de la muerte huimos; y si no fuera por el valor deste caballero que está junto á vuestra majestad, todos nos perdiéramos. Y diciendo esto, señaló con el dedo al fuerte Reduán, que venció con su valentia él sólo á tres cristianos, y el otro huyó. —Venimos á darle las gracias al vencedor caballero que estaba consolando á nuestra aflijida hermana, y dió licencia á los vencidos cristianos para que fuesen libres, sin quitarles ningun despojo: benignidad de noble caballero nunca vista, que con quedar herido no quiso vengarse. Os certifico, señor, que si todos los caballeros de vuestra corte son como Reduán, podeis conquistar el mundo, porque vimos que

— 254 —

que hemos de partir, que desde luego estoy dispuesto y obediente á tu gusto. —No espero ménos de tí, y no perderás el servicio que me hicieres; los caballeros que irán contigo serán Abencerrajes, Zegries, Gomeles, Mazas, Venegas, Maliques y Alabeces, que bien sabes el valor de todos, y sin estos irán los demás caballeros é hidalgos, pues yo voy á la jornada. Diciendo esto, entró un portero, y dijo al Rey que pedían licencia una dama y dos moros forasteros para besarle las manos. El Rey dijo que entrasen. Luego entraron por la sala dos caballeros de buena gracia, marlotas y capellares, borceguis y zapatos negros; en medio de ambos venia una dama vestida de negro, tapado el rostro con un cabodol alcaizar, que no descubria más que dos luceros, y bien se echaba de ver por la hermosura dellos que debía de ser perfecto en todo. Maravillado el Rey de sus funestos trajes, les dijo: —¿Qué es lo que queréis? Haciendo gran reverencia al Rey y á la Reina, y á las damas que allí estaban, propuso el moro lo siguiente: —Nuestro principal intento ha sido venir á besar tus reales manos y las de mi señora la Reina, y á que conozcas estos tus siervos. Nos-

— 251 —

Reduán, que les diese licencia para ir á posar en casa de un deudo suyo, que era de los Almadenes, y vivía en la calle de Elvira. Reduán les dijo que hiciesen su gusto, y los acompañó hasta la posada, y despidiéndose dellos se volvió á su casa. Mas al tiempo de despedirse no apartaba la vista de sus ojos el uno del otro amante, de tal manera que apartándose se consideraba sin alma Reduán, por quedarse con su señora; y Haja asimismo, por llevarse la Reduán. Los caballeros y la dama fueron bien recibidos de su tío, quien recibió mucha pena por la muerte de sus sobrinos. A otro día por la mañana se vistió Reduán, y fué al real palacio por besar las manos al Rey, el cual en aquella hora se acababa de levantar y vestir para ir á la mezquita mayor; á ver el zalá que se hacia por un moro de su secta llamado Gidemahojo; y viendo á Reduán vestido de marlota y capellar verde y plumas verdes, alegróse grandemente con su vista, porque había muchos dias que no le había visto; y le preguntó dónde había estado, y cómo le había ido en la escaramuza con Gazul. Reduán le satisfizo, diciendo que Gazul era buen caballero, y que Muza lo había hecho amigos. Con esto el Rey y los demas caballeros que le salían á acompañar, que por la mayor parte eran Zegries y Gomeles, se fueron á la mezquita, y con muy grande aplauso



